

**DE FRAC PARA
SUSANA**

A Ana María González, que halla algún tipo de goce en el mundo de la farándula

No diré, al final, que todo fue un sueño, ni nada de eso. (No hace mucho he visto otra vez ese recurso, en una película en blanco y negro de Tinayre, que se llama *La vendedora de fantasías*, y me pregunto cómo se puede esperar que el espectador acepte que un sueño pueda ser tan coherente y largo y perfecto.) No, nada de todo eso. Esto es un cuento, y únicamente se trata de que pueda justificarlo y que el lector pueda creerlo como una historia verosímil y real.

Si no me equivoco, fue antenoche que vi, en el programa de Susana, a tres escritoras que habían obtenido cierta cuota de éxito con sus respectivos libros recién editados. Bah, no eran escritoras: una era astróloga o algo así, la otra era actriz, y la tercera no me acuerdo. Al día siguiente, era yo el invitado, y fui completamente decidido a apoderarme de su programa. No importan los detalles, pero aparecí de frac (confesémoslo aquí de una vez, era alquilado) y con una flor de cardo en la mano. Ella, brillante y espléndida como siempre, muy sexy aunque con un estilo un poco llamativo para mi gusto, se adelantó a recibirme y nos dimos un beso (¡en vivo y en directo, públicamente!) en la mejilla. Estoy seguro de que se rió al verme, y eso fue bueno como un primer paso, porque al menos supe que la había impresionado.

—¡Pero qué bueno, Sebastián! —hay que reconocer que Susana es una excelente profesional de la simpatía. —¡Estás verdaderamente

elegantísimo! —y abrió los brazos, en un gesto que concentraba la atención de las cámaras sobre mi persona y mi atuendo. —¡Y eso! ¿Qué yuyo es éste, por Dios? —se llevó la mano a la boca, ocultando la sonrisa con una estudiada forma de seducción. —¡Brrr, me da como miedo!

Yo no había terminado nunca de decidir si llevaría algo en la cabeza, ni si usaría guantes blancos, así que descartemos esos detalles por el momento, y también definitivamente. Por—su—pues—to no le alcancé la vara de cardo: era mi amuleto, y aparte, seguro que Susana iba a empezar con que se pinchaba y esas payasadas típicas de ella, y se iba a quedar con la voluntad del espectador. Me acerco la flor celeste a la nariz (muy “Oscar Wilde con el girasol”), sosteniéndola con la punta de los dedos, y le digo: —En la antigüedad, el cardo era un símbolo de fidelidad conyugal. (La verdad es que lo había visto, la semana anterior, en una colección de pintura, que trae los jueves *La Nación*.) —Como quiera que sea, Susana lo tomó al vuelo y me preguntó si yo verdaderamente era un marido fiel, con un tonito cargado de intención, y le contesté que ése era para mí un ideal, que me cuesta un enorme esfuerzo alcanzar.

—Sebastián Araujo, en seis meses te ganaste un montón de premios literarios— y, mirando al público: —¿No es genial?!

—Tres o cuatro: el Enezeta, en novela; el de la Fundación Inti, en cuento; el Argolla de Oro, en narrativa erótica; y me editaron una traducción. Pero permítame que te corrija, Susana: me los otorgaron en seis meses; me los gané en cuarenta años. Toda mi vida la dediqué a la literatura, Susana.

La cuestión es que me tomó de la mano y me invitó a sentarme, en su inmenso sofá blanco en forma de ele (yo aprendí a usar frac en la película *El príncipe y la corista*, con Marilyn Monroe: hay que dar un cierto sacudón de la cola hacia atrás, antes de sentarse), y aún sin soltarme, me preguntó: —¿Pero y por qué de frac?!

—Mi querida Susana, éste es el negocio del espectáculo, y por qué va a pensar la gente que los únicos que pueden ofrecer un buen espectáculo son los actores y los políticos —ella se echó hacia atrás, con su acostumbrado y feliz desparpajo, y me dijo: —¡No te creo!

—Aparte de que, donde yo vivo, todos los hombres usan frac.

Otra risa, esta vez con inmejorable cara de asombro: —¡¿Todos?!

—¡Sí!, claro que... sólo después de las ocho.

—¿Y de dónde sos vos, Sebastián? —creo que ella estaba empezando a divertirse.

—De dónde, no te lo diré, pero hace años vivo en Las Coloradas, la ciudad mística de la provincia de Buenos Aires.

—¡No jodas! —reconozco que lo dijo con absoluta naturalidad.

—Sí, sí, como Agatha, en el Himalaya, pero “somewhere in the Pampas”. Una ciudad a la que no se puede llegar ni en avión, ni en auto, ni en tren, sino únicamente a través del ayuno y de la oración. Una ciudad que no figura en los mapas y que sólo se conoce por referencias de los viajeros de los siglos XVI y XVII. Ahí las chicas tienen alitas en la espalda, y los chicos largan fuego por la boca. Hay ancianos sapientísimos, de barba que les llega hasta las rodillas. Los caballos tienen ocho patas, y son transparentes. (Me regodeo pensando cómo me mira Susana, que por una vez en su larga y exitosa vida profesional, deja hablar a su invitado, sin interrumpirlo.) Y luego, está el problema del idioma: un idioma que como el vascuence y el húngaro, nadie sabe con certeza de dónde proviene. Yo creo que ni siquiera los coloradenses lo comprenden... lo cual favorece muchísimo las cosas, y hace a la gente extraordinariamente feliz. No hay maledicciones, no se habla de dinero, ni de sexo, ni de la muerte: sólo existe el idioma del amor y el trabajo. (Me imagino que todo el país me está mirando, y por supuesto, todo Coloradas también.) —Susana debe pensar, qué sé yo qué pensará Susana, pero me pregunta astutamente cómo es entonces que llegué yo ahí. —Claro que no es fácil. Hay que atravesar tres desiertos

y siete valles. Remontar un río de sangre. Cruzar el Mar de la Abyección, el Abismo de la Duda y la Montaña del Odio. Nadar hasta el fondo del Lago del Dolor, y caminar sobre el Pantano de la Esperanza. (Le aseguro que no estoy loco, ni borracho, ni drogado.) Hay que matar un jabalí con las propias manos, cruzar el puente de hierro negro, meditar durante cuarenta días bajo la sombra del ombú sagrado, romper la piedra del silencio, pasar las cuatro puertas de los ángeles desconsolados, y convencer a un unicornio de que te permita oler la rosa de los siete puñales, que es el corazón de María... (Aquí hago una pausa, pero Susana está verdaderamente sin habla, así que me veo en la obligación de seguir.) Hasta llegar a la Fuente Invisible, donde hay una copa de oro, que contiene el agua de vida, que calma para siempre la sed y que... En realidad, Las Coloradas no está en ningún lado: es la cima de una escala espiritual. (No creo que Susana esté en condiciones técnicas de figurarse de qué estoy hablando en realidad.) A partir de ahí ya no existen los cuerpos. (Pero es de todo punto de vista evidente que esto sólo lo puede decir alguien vestido de frac.) Se vive de los minerales y el tiempo. (Yo iba a comprar el pan o a recorrer la hacienda, y mi cabeza seguía.) Allí tenemos una biblioteca, réplica exacta de la del Nombre de la Rosa, y yo fui presidente de ella durante dos años, y en ese lapso me sentí el hombre más dichoso de la Tierra. (Juro que la otra noche no me podía dormir y que improvisé el discurso completo para la Asamblea del año próximo, cuando se renueve la Comisión de la Biblioteca.) —Si Susana me pregunta por qué dejé ese puesto, le diré: —Después del séptimo cadáver que encontramos, tuve que renunciar. (Ahora, todo esto se transforma de algún modo en un texto, lo que es un empobrecimiento, pero igual se podría convertir en algo, el germen de un cuento, no sé, pero en algo más o menos literario.) —Susana me pide perdón, y me pregunta de qué vivo, supongo yo que para hacerme pisar el palito. —Heredé dieciséis mil leguas de tierra... En realidad, no se sabe cuántas son, porque nadie las recorrió en su totalidad, pero dicen que el fondo de nuestro campo llega hasta el mar.

(Esto habrá sido de cuando iba a caballo, a ver los animales.) —Es forzoso que Susana trate de romper el encantamiento, porque le estoy robando el programa; yo lo disfruto, y no pienso aflojar. Si me dice que cómo es que ando suelto, le contestaré: —Hay tantos en este país que todavía están sueltos... —con evidente y deliberada mala intención. Si me pregunta si no creo que estoy un poquito chiflado, le diré: —Naturalmente, por eso vengo a lugares como éste. —Me doy cuenta que una frase así puede resultar demasiado agresiva, y enseguida suavizo: —En realidad, me aburre estar a solas con mi cabeza, todo el día. Necesito ver gente normal, cada tanto. —La idea es que el público aprenda que la imaginación está entre los artistas, los poetas, los músicos, los novelistas, no donde le hacen creer que está. Al fin y al cabo, hasta un cómico puede en la Argentina hacer su show vestido de frac. Pero éste es el frac post—moderno, o mejor dicho: neo—antiguo: como el de Tyrrell en *Blade Runner*. Y, a la vez, que simplemente no puedo cortarme el pelo con una motosierra y pintármelo de amarillo, como un rockero. (En franca alusión a... bah, dejemos esto también de una vez.) Quiero decir: que para ser original no es necesario disfrazarse de payaso, ni sacarse fotos arrodillado en un monasterio trapense. Y sobre todo, un ejercicio para superar mi timidez. (Esto tendría que enseñarse en los colegios: ninguna energía está peor desperdiciada que en la timidez.) Porque, seamos francos, ¿qué cuentos pueden escribirse todavía, a esta altura de la historia de la literatura occidental? Los presidentes se instalaron en el centro del escenario del negocio del espectáculo; ahora es el turno de que les devuelvan ese lugar a los artistas. Los artistas (¿es mi impresión, o Susana se está aburriendo? No, debe estar preparando su contraofensiva), los artistas deben salir a romper los límites de su arte: Pavarotti cantando en una publicidad de automóviles, éste el signo de los tiempos. Ópera representada en estadios de fútbol, futbolistas entrevistados para hablar de economía política. (Susana me observa con una sonrisa que no me atrevo a calificar: una sonrisa platinada, digamos: platinada y letal.) Cada tanto, meter al-

gún latinajo, aunque desde luego nadie lo entienda, total quién se atreverá a confesarlo frente a la pantalla. “Credo quid absurdum est”. ¡Qué maravilla! Y si puedo ganarle de mano, recitar algún poema: por ejemplo, una versión improvisada de *A las parcas*, de Hölderlin. ¡Cómo alguien podría permanecer insensible! (Mientras, mi cabeza sigue imaginando, alternadamente, caóticamente, otras historias: qué haría si gano muchísimo dinero en la Lotería o el Telequini; o que la seduzco por fin a Almudena; o que voy preso o que estoy muerto o enfermo; o que me he casado con otra mujer, después de haber enviudado; o... esto es efectivamente un completo lío.) En un momento, Susana me pregunta si en mis pagos son peligrosos los indios (en la ingenua y boba creencia de que ha aprendido las reglas y que ha entrado en el juego), y le contesto que jamás se ha oído hablar de indios en Las Coloradas; y ella insiste: —¡Pero tiene que haber indios, cómo no va a haber indios! —Entonces le digo: —Quizás te refieras a los borogovas, que son aborígenes, lo que no es para nada lo mismo. —Y Susana, con su proverbial gracia que todo lo puede, me replica: —¿Cómo que no es lo mismo, qué diferencia hay? —Le explico la diferencia, para pasar el aviso de que los mapuches, al fin y al cabo, tampoco eran de aquí, que no estaban en la zona desde el origen, sino que vinieron de Chile, y como para terminar con el mito de los reclamos indigenistas. Estiro un brazo por encima del respaldo, relajándome, y le digo con suficiencia: —Los borogovas, o son de raza amarilla, o son extraterrestres —disfrutando que nunca Susana será capaz de hacerme entrar en el lazo. Me queda poco espacio, el tiempo en la televisión es un completo tirano, algo tengo que hacer con todo esto. Le confieso que me inventé un personaje para llevarlo esta noche a su programa. Susana Mito, el país entero está contigo, Susana Diosa, éste es tu medio, Susana Diva Total, el mundo te da la razón. (En algún momento le digo que nunca jamás, desde los doce años, he vuelto a mirar un programa de televisión, pero ella, por-su-pues-to, ya se dio cuenta que ni piensa ser verdad.) Caramba, con esta vida. Desde luego, en buena medida, la vida

es lo que estamos dispuestos a hacer con ella, claro, el necio no ve el mismo árbol que el sabio. De esto se trata, en definitiva. ¡Grande, Susana! Ya hay bastante estupidez en el mundo. Como dijo Oscar Wilde en la cárcel: “¡Qué falta de imaginación!” No puede ser que termine así no más, tengo que hacer algo con este material, no puedo llevarme mi secreto a la tumba, gracias Susana, sólo quería agregarle algo de chispa y simpatía a tu programa, otra vuelta de tuerca a la imaginación del espectador. Y entonces todo se fue súbitamente al demonio.

Porque llegado ese punto me sentí confortablemente seguro y tuve la feliz ocurrencia de ofrecerle, con una magnífica sonrisa, la flor de cardo a Susana, en un alarde de seductora y elegante mundanidad, vaya a saber con qué imprecisas y eróticas intenciones, y ella pegó uno de sus populares aullidos y me dijo: “¡Pero mírenlo al galancito!”, y yo insistí, entre osado y cargoso: “En realidad, la traje exclusivamente pensando en vos”, y en ese momento ella se habrá definitiva y totalmente hartado, de mí, del discurso, de la flor, de la historia desde luego, de todo el jueguito y del frac ni qué hablar, y me interrumpió, se rió de un modo que metía hielo en las venas, y concluyó:

—Pero pibe. ¿de qué te las das, vos? —y apagó con brusquedad el libro, y yo hube de cerrar para siempre el televisor.